

Líderes Globales para una Iglesia Global

Informe del Secretario General, Jerome Del Pino
a la reunión de organización de los miembros directivos de
la Junta General de Educación Superior y Ministerio
8 de octubre de 2004
Nashville, Tennessee

Es una bendición incorporarme con ustedes en este itinerario en el que apenas llevo poco tiempo. Los comentarios y observaciones que les compartiré a ustedes esta mañana no proceden solamente de mis conversaciones con los empleados de la Junta, son también observaciones íntimamente ligadas con mi propio recorrido. Soy hijo de un pastor Metodista Unido y, en cuanto al trasfondo personal de mi formación y experiencia de fe, soy descendiente de la antigua Jurisdicción Central. (La “Jurisdicción Central” fue una entidad conferencial segregada históricamente por razones raciales.) He sido pastor de varias iglesias locales y ejercido la tarea docente como vocación. Al llegar a esta etapa de mi vida es mi profunda convicción que ha sido Dios quien me ha concedido el privilegio de servir a la Iglesia Metodista Unida en esta capacidad.

Es por ello que al coincidir con ustedes en la andadura del trayecto presente de esta agencia, mi propósito es poder forjar con ustedes un equipo inmejorable que afronte con visión, valentía y empuje, las tareas que tenemos por delante. Juntos nos esforzaremos por buscar los mejores medios de habilitar a la iglesia a definir su derrotero en cuanto a la preparación de líderes para el siglo veintiuno.

Permítanme decir a ustedes los nuevos directores, y reiterarlo a los directores que regresan de nuevo, que por ser ustedes elementos integrantes de esta colectividad, irán asumiendo paulatinamente varias de las tareas más importantes, más desafiantes, y más inspiradoras que jamás se les haya asignado. Y no es exageración el decirlo, pues a nosotros los empleados y directores de esta Junta se nos ha confiado la sacra tarea de auxiliar a la Iglesia Metodista Unida en su cometido de incorporar, preparar y apoyar a líderes cuya misión es guiar a nuestra denominación bajo las circunstancias desafiantes, complejas y desconcertantes del siglo veintiuno.

Con esto quiero decir que para nosotros la cuestión de la formación de liderato es nuestra tarea principal. No es una exageración sugerir que ustedes se incorporan ahora a una empresa cuyas tareas se fundamentan principalmente en dar respuesta a esta pregunta: *¿Cuáles deben ser los requisitos para formar y sustentar a líderes que puedan adquirir la visión, los fundamentos espirituales y teológicos, y los talentos intelectuales y productivos, que se requieren para guiar a la Iglesia Metodista Unida en el presente Siglo Veintiuno?*

Esta es una pregunta fundamental que espera nuestra respuesta, pues todas las declaraciones, pronunciamientos y decisiones que digamos o tomemos, giran en derredor de ella. Es un resumen total del razonamiento que aporta significado y propósito a nuestra tarea, y por lo tanto es la fuerza motriz que nos estimula a mantener “*en primer plano, el primer plano*”, o como le agrada decir al Sr. Obispo Joe Yeakel, “lo que nos apasiona y nos une.”

Al hacer un repaso somero del documento oficial del “Plan Estratégico” podemos apreciar el contenido de una visión, una misión, y un sistema de valores fundamentales y de fines estratégicos que se enfocan sin ambigüedad, con firmeza y sin disculpas, sobre la necesidad

imperante de formar, ayudar y desarrollar líderes capaces de dar forma y orientación a la iglesia, para que a su vez esta pueda aportar una visión global para un mundo global.

Lo que más nos apasiona de esta responsabilidad de ofrecer una formación sólida a los líderes del futuro, es el hecho que la Iglesia Metodista Unida está experimentando, si no una crisis de carencia de líderes, por lo menos un profundo sentido de ambivalencia y confusión acerca del tipo de dirección que la iglesia requiere hoy en día y que necesitará en los próximos años. Por ahora, las razones que motivan esta crisis de confusión, ambivalencia y reticencia que observamos en muchos de los grupos y organismos de la iglesia, son variadas y complejas. No es mi intención exponer por ahora las razones exhaustivas que las causan. Sin embargo, para aquellos de nosotros que tenemos “oídos para oír y ojos para ver”, estas razones nos presentan algunas pistas bien definidas.

Consideremos por un instante la decisión tomada en la última Conferencia General al referir a esta Junta General de Educación Superior y Ministerio, la solicitud que recibió de formar “una comisión de estudio para este cuatrienio en la que se puedan discutir los perímetros teológicos y se defina la relación administrativa de colaboración y convivencia de esta Junta con la Iglesia Metodista Unida, para poder bregar con la “ambigüedad presente que afecta a la denominación al tratar de interpretar el significado y propósito de (*las órdenes ministeriales*) el ministerio laico, el ministerio bajo licencia, y el ministerio ordenado.”

¿Convendrían ustedes conmigo al decir que esta asignatura es obviamente una expresión legítima del reclamo de los feligreses porque la iglesia tenga líderes capaces de interpretar lo que Dios está realizando en el mundo hoy en día, con claridad teológica e integridad espiritual indispensables, que puedan motivarles a entregarse sin reserva a lo que Dios desea que hagamos para el mundo? O bien, consideren por un instante el ambiente de discordia que aflige a nuestra iglesia, recordando las discusiones hirientes y acaloradas que se dejaron escuchar en la Conferencia General pasada. ¿Acaso no es la resolución tomada en pro de la unidad y en rechazo a crear una separación, —a pesar de la expresión no obstante “amistosa” que se ofreció la mañana del último viernes de la Conferencia—, un deseo genuino de tener líderes que inspiren y puedan ofrecer un ejemplo piadoso de conferenciar con fidelidad al espíritu del Metodismo en su mejor momento, que evite reducir a categorías simplistas su amplia diversidad, con eslogans perjudiciales y agendas que son de carácter indiscutiblemente político? ¿Y qué podemos decir acerca de la constante erosión de nuestros vínculos Metodistas Unidos, evidenciada por la fijación miope sobre la congregación local como una entidad que lo es-todo y el fin de-todo a expensas de la visión más amplia que es necesaria para el bienestar general de la denominación?

¿No estarían de acuerdo ustedes en que el desgarramiento destructivo de la trama de los vínculos que unen por ahora nuestra relación denominacional reclama a gritos la necesidad de levantar líderes cuya visión, para la misión y los ministerios de la iglesia, pueda ser tan amplia como los nexos mismos de nuestra conexión?

Guiando a la Iglesia en un mundo cambiante

Esta ambivalencia, esta confusión e incertidumbre sobre las características propias del liderazgo y de la formación que debe tener su preparación, llega en un momento en que el mundo experimenta ataques convulsivos de proporciones sísmicas. Nuestro mundo; hermanas y hermanos, es un mundo en el que las fuerzas de la globalización y las tecnologías que les acompañan nos han abierto los ojos a una diversidad impresionante de culturas, de pluralidades étnicas y de lenguajes, compuestas todas ellas por una sofocante variedad de

expresiones y compromisos políticos, económicos, sociales y religiosos. El ambiente mundial hoy en día se caracteriza por la constante migración de los pueblos, de mercancías, de capital, y de servicios, en una escala e importe que jamás imaginamos fuese posible y que no hubiésemos pensado tan sólo hace cincuenta años.

Este movimiento global está colocando a la deriva para siempre los límites nacionales, políticos y económicos y las certidumbres sociales y religiosas que hasta años recientes han proporcionado un sentimiento de seguridad relativa, para muchos de nosotros particularmente en el Hemisferio Norte, un irremplazable sentido de “pertenencia de lugar,” de identidad personal y comunitaria. Estos cambios sísmicos que sacuden nuestra aldea global son interpretados por algunos como el amanecer de una era “postmodernista” en la que vemos que desde la fabricación de zapatos deportivos hasta la identificación personal y comunitaria; las lealtades políticas, sociales y religiosas, todas ellas están sometidas al juego libre del mercado bursátil y la lógica de una cultura global consumista que galopa de forma acelerada. Pero el poder implacable de la globalización y el quebrantamiento y realineación de los perímetros de relaciones políticas, sociales, económicas y religiosas que van en pos de su estela, lo experimentan millones de personas como experiencias profundamente alarmantes que animan a muchos a responder con temor, resentimiento, cólera, e inclusive, en algunas ocasiones, recurrir a la violencia.

Uno de los cambios más dramáticos y de largo alcance, de los efectos sísmicos globales que ejercerá profundo impacto en la forma de entender y actuar de esta Junta al desempeñar sus labores en los próximos años, tiene que ver con la fluctuación demográfica de la población causada por la migración, inmigración, y desplazamiento voluntario y forzado de las gentes. Tomemos como ejemplo a este país de los Estados Unidos. Según las proyecciones de población basadas sobre datos de censos recientes, la población de los Estados Unidos aumentará más drásticamente, hasta alcanzar 392 millones de habitantes para el año 2050. Su composición será la de un pueblo de personas de mayor edad al comenzar a pensionarse la generación de los llamados “Baby Boomers” que es de por sí una generación muy diversa. Este factor generacional alcanzará tal significado para las tareas pastorales del siglo veintiuno que es imprescindible tomarlo en cuenta.

En el año 2002 la población de raíces hispanas llegó a ser la minoría más grande del país. Y se proyecta que para antes de llegar al año 2050 constituirá el cuarto de la población a nivel nacional. Para ese año la población de descendencia negra de los Estados Unidos habrá doblado a su vez su constitución numérica, y los residentes de origen asiático, y los provenientes de las islas del Pacífico habrán incrementado hasta más de cinco veces su número actual. En contraste, para el año 2050 la población predominante blanca, “no-Hispánica” habrá declinado, del 69 por ciento del total de población en el año 2000, a tan sólo una minucia sobre el 50 por ciento.

Agreguemos a esto el increíble aumento de crecimiento demográfico de la población que se proyecta ocurrirá, debido a la constante inmigración y a la rapidez de movilidad de la gente. Se ha estimado que entre los años de 1995 y 2025, cerca de un cuarto de mil millones personas se mudará de un estado del país a otro, mientras que la inmigración internacional seguirá añadiendo millones de nuevos habitantes, yendo a la vanguardia el estado de California con 8 millones, seguido por los estados de Nueva York y de la Florida. De hecho, el mayor crecimiento neto de la población en los Estados Unidos ocurrirá en los estados del sur y del oeste, encabezados por los estados de California, Texas, y la Florida.¹

Ahora, añadan a este cuadro el cambio verdaderamente inusitado que está ocurriendo en este país y alrededor del mundo, referente a la religión, y a las prácticas y observancias de experiencias religiosas, y por consiguiente al entendimiento de su compromiso y práctica.

Estos cambios rivalizan con los cambios demográficos y de población que ya hemos mencionado. En términos de las implicaciones que nos presentan, cuestionamos la manera en que la iglesia, y por consiguiente la manera en que esta agencia responde, interpreta y cumple su misión en el tiempo presente del siglo veintiuno. Mientras que insistimos en pensar que nuestro entorno religioso es un ambiente de relativa estabilidad y que disfruta reconocimiento en el lugar que ocupa entre las principales religiones del mundo, como son el Cristianismo, el Judaísmo, el Islam, etc., lo cierto es, que el mundo está presenciando una proliferación asombrosa de nuevos movimientos religiosos y de mutaciones extremas de los movimientos religiosos históricos. Como lo precisa el Sr. David Barrett, quien por largo tiempo fue editor de la autoritativa *World Christian Encyclopedia (Enciclopedia Mundial Cristiana)*, “Está aconteciendo una gran transformación religiosa que se extiende diariamente a través del mundo. Esta es una transformación masiva, compleja, y constante. Se han identificado cerca de 10.000 religiones distintas a nivel mundial que aumentan numéricamente su presencia en dos o tres movimientos religiosos por día.”²

La Cristiandad de ninguna forma queda exenta de padecer este fenómeno. Por el contrario, tal como precisa Barrett, los “nuevos movimientos no solamente son parte del cristianismo; son componentes indiscutibles de él. . . . Conforme a los cálculos hechos, las iglesias independientes relativamente nuevas en el ambiente cristiano, han alcanzado cerca de 390 millones de adeptos y están por lograr llegar a ser el 20 por ciento de la población del mundo cristiano.”³ Se estima que tan sólo los movimientos pentecostales abarcarán a más de un mil millones de adherentes a nivel mundial antes del año 2050.

Estos factores han motivado a Philip Jenkins, —autor del preocupante libro titulado *The Next Christianity (La Próxima Cristiandad)*— a concluir que el cristianismo está experimentando un momento “*tan de época, como lo fue el de la Reforma misma. . . . El cristianismo en su totalidad crece y se transmuta en formas que los observadores en Occidente se esfuerzan por no ver.*” De hecho, no solamente los centros geográficos importantes de la presencia del cristianismo se han mudado, no solamente al África, a el Asia y a la América Latina, —del hemisferio Norte al hemisferio Sur—, sino que en términos de teología y enseñanza, la Cristiandad del hemisferio sur tiende a ser mucho más conservadora, optando por expresiones de supernaturalismo y ortodoxia cristiana que los cristianos del hemisferio norte rechazan como anticuados, supersticiosos, y autoritarios. Esto guía a Jenkins a concluir que, “*es muy probable que en una década o dos, ninguno de los dos componentes del cristianismo global [norte o sur] será capaz de reconocer en su contraparte un testimonio que sea netamente cristiano o auténtico.*”⁴ No es necesario aceptar el presagio que pronostica Jenkins como causa fundamental de esta brecha hemisférica del Cristianismo, para dar crédito a la veracidad de sus palabras cuando Jenkins nos dice que, “*estamos viviendo épocas revolucionarias.*”⁵

Para obtener líderes globales para una iglesia global

La pregunta que se nos plantea al principio nos confronta ahora con mayor urgencia y fuerza a los que formamos y somos parte de esta Junta. *¿Qué es lo que se requiere de la Junta General de Educación Superior y Ministerio para que pueda guiar a la iglesia a proporcionar una preparación adecuada a los futuros líderes para que puedan ser debidamente equipados para*

dirigir a la Iglesia Metodista Unida en el ministerio visionario y profético que demandan estos tiempos de épocas revolucionarias?

Todo el personal de la Junta y su servidor, estamos completamente persuadidos que para poder guiar a la Iglesia más allá de la confusión y ambivalencia presentes en el liderazgo, es indispensable que vengamos a ser una comunidad capaz de expresar con claridad las bases bíblicas y teológicas, y podamos desarrollar una visión pertinente acerca de el liderazgo misional. No podemos permitir que se nos acuse de ser culpables del pecado de mínimas expectativas. Nosotros, los empleados de la Junta, y ahora ustedes con nosotros, estamos apropiando conjuntamente el desafío de las expectativas de liderazgo expresado en esta visión.

Los perímetros de esta visión son evidentes en el “Plan Estratégico”. Cuando iniciamos la trayectoria hacia este plan estratégico de la Junta, mencioné a los empleados de la Junta que este Plan no sería solamente un documento más para el archivo, sino que es y será “*un plan para trabajar el plan*”. Y, me complace ver que el personal se está movilizándolo con determinación y rapidez en esa dirección. Las conversaciones a las que se les invitará a ustedes como directores a participar, junto con el personal que ustedes involucren en el ejercicio de estas conversaciones en los próximos años, aportarán claridad, profundizarán, y enriquecerán aun más esta visión. Juntos tendremos que participar en conversaciones que nos ayuden a entender si es necesario que hagamos correcciones a este plan sobre la marcha. Estas conversaciones serán sumamente importantes y hemos planeado disponerlas con frecuencia.

Mientras tanto, permítanme compartir con ustedes los perímetros de la visión de liderazgo que creemos son necesarios para la Iglesia Metodista Unida en estos tiempos revolucionarios. Para decirlo con más precisión, *nuestra visión es la visión de formar líderes globales para una iglesia global*. Es una visión de líderes metodistas unidos, que es inspirada nuevamente por un astuto sacerdote anglicano del siglo décimo octavo que al efectuar una entrevista con el obispo de Londres, tuvo la audacia de mencionarle que “reclamaba al mundo entero como su parroquia”. Nuestra visión es una visión conjunta con este pensar de Wesley que nos permite atrevernos a soñar en grande el motivo por el cual Dios ha levantado al pueblo llamado Metodista, cuya visión del ministerio de la iglesia es tan amplia y tan expansiva como su propio sistema de relación conexional y su razón de ser.

¿Cómo será un líder global para una iglesia global? Hay muchas características que se prestan para describir el perfil de tal líder. Solamente compartiré con ustedes tres de ellas que, en mi opinión, son sobresalientes y críticas.

Los líderes globales para la iglesia global son los custodios de la conexión.

Aunque fui bautizado en la iglesia, fue por decisión propia que soy miembro de la Iglesia Metodista Unida. Soy un Metodista Unido porque mi iglesia tiene una visión (al menos según lo ha expresado en su comprensión histórica de la fe cristiana) que es capaz de abrazar a toda persona que declare a Jesucristo como su Señor. Porque al ser esta clase de líderes, los metodistas unidos no son desertores del espléndido proyecto de una iglesia global. Estos líderes no se atreven a desdeñar las realidades históricas que nos dieron a luz, porque están persuadidos de que, sean lo que sean los diseños finales del sueño divino para la iglesia de Jesucristo, esta debe ser valorada como un tapiz que constantemente está entretejiendo la diversidad asombrosa de tonalidades, de idiomas, de culturas, y de tradiciones que son parte de la conexión Metodista Unida.

Estos líderes son conscientes de que, la tarea de mantener vivo este sublime sueño enfrenta grandes desafíos porque existen muchas influencias, sutiles y abiertas que amenazan

con minar la red de la conexión Metodista. Del interior de los cambios sísmicos que están redefiniendo el mundo en que vivimos surge una aldea global con abundantes oportunidades para el ministerio. Pero a la misma vez es terreno fértil para la suspicacia, animadversión, malentendidos y divisiones que pueden socavar nuestra fidelidad a la misión. Para alguno de los miembros, el recelo, la sospecha y el temor de las personas extranjeras y de forasteros, empobrecen el sueño de una iglesia global. Para otros, el cambio de la apariencia general de las personas que asisten a su iglesia, el predominio creciente de personas de aspecto diferente y de color de piel distinto, el sonido extraño de sus palabras al hablar y sus costumbres raras, anima a los miembros de la iglesia local a replegar su visión a su nivel local, que es familiar y cómodo.

Pero, a pesar de ello, los líderes para una iglesia global vigilan con celo y apasionamiento esta conexión global, porque su forma de ser iglesia y su compromiso por la unidad, se debe precisamente a su amplia diversidad. Este es un don extraordinario para el cristianismo que emerge de nuestro día en formas que el mismo Juan Wesley jamás hubiera previsto, la creación de un sistema conexional metodista sirve de fundamento sólido para los herederos de Wesley en este vigésimo primer siglo para que podamos involucrar la clase de mundo que ya he descrito. En estos tiempos de cambios violentos, cuando la amenaza de fragmentación y las fisuras sociales son mayores que nunca, los Metodistas Unidos presentan ante el mundo ecuménico una visión del cuerpo de Cristo que se resiste a creer que llegará el día en que los cristianos del norte y del sur no podrán reconocerse unos a otros como auténticos cristianos. El cultivo y mantenimiento de tal visión requiere líderes que tengan una madurez espiritual extraordinaria, que sean teológicamente aptos y posean un espíritu práctico de innovación. Ustedes y yo tenemos la gran responsabilidad de guiar a nuestra amada iglesia en la tarea de formar, preparar, y desplazar tales líderes.

Permítanme pues repetir de nuevo, que juntos estaremos laborando en una tarea sumamente importante, la tarea más desafiante y más alentadora que se nos invite a hacer.

Los líderes globales para una iglesia global son portadores de una visión renovada de la iglesia.

Suya es la visión de una Iglesia Metodista Unida que recupere su espíritu netamente Metodista; son líderes con disposición de no dar cabida a ningún interés de egoísmo denominacional o de ansiedad preocupante por temor a su propia supervivencia. Más bien abrazan para este momento histórico y día nuevo, el propósito para el cual Juan Wesley se sintió comprometido a organizar el movimiento llamado Metodista. Como ustedes bien lo saben, el movimiento Metodista comenzó como una “orden evangélica” que procuró con fervor “despertar a los hermanos”⁶ de la amada Iglesia de Inglaterra de Wesley. Desde su comienzo el movimiento Metodista existió no para su propio bien, sino para el bien de una mayor catolicidad que trajera sanidad al espíritu de la Iglesia Anglicana para que por medio de ella procurase sanar el espíritu del *ecumene* y del mundo.

Tal como el reconocido erudito Wesleyano, Albert C. Outler lo ha precisado, el “patrón eclesiológico particular del Metodismo fue realmente diseñado para funcionar lo mejor posible dentro de un ambiente que abarcara (el espíritu de) la catolicidad. . . una comunidad cristiana efectiva y universal.”⁷ así, el Metodismo se vio como un proyecto (*ad interim*)⁸ temporal y provisional⁹, expendiéndose al servicio de un mayor propósito. Estas palabras de Juan Wesley sobre la misión Metodista son penetrantes y conmovedoras: “(Los metodistas)

somos los más dispuestos para sacrificar y sacrificarnos por ellos [los hermanos Anglicanos]; sí, 'el dar nuestras vidas por los hermanos.'”¹⁰

Hay pues, en el fondo del espíritu del Metodismo un profundo deseo de ofrecerse, de ser vaciado en servicio a los demás con el fin de dar lugar a la intención divina para cumplir con su misión en el mundo.

¿Qué sucedería si los Metodistas Unidos pudiesen recuperar de nuevo este espíritu, —esta visión de una comunidad de discípulos comprometidos con la vida, pero no para con sí mismos sino para el bien mayor del reino de Dios? ¿No se rehusarían a aceptar una denominación que existe, según las palabras memorables de Albert Outler, “*ecclesia per se*” (iglesia por sí misma) motivada por un afán excesivo de mantenimiento institucional y patronal?¹¹ ¿No se opondrían ellos implacablemente a una tendencia que produjera incertidumbre e inseguridad, un sentimiento de confusión social, espiritual e intelectual y de malestar general como los que acompañan inevitablemente las épocas de profundos cambios y que despiertan el impulso de controlar, de imperar en el caos, de rediseñar los límites familiares, añorando un pasado que ya se fue? ¿Acaso no ofrecerían una visión de una Iglesia Metodista Unida que es hospitalaria, una comunidad de creyentes que considera y acepta al extranjero y a la persona distinta, que sea el rostro mismo del Crucificado y con amor santo extiende los brazos de recibimiento y acogida? ¿Una comunidad de creyentes que rechaza las distinciones que impone sobre sus miembros y los de fuera, una actitud de distinción entre *ellos y nosotros*, actitudes que fácilmente levantan barreras que excluyen y que dividen? ¿Una comunidad que en el espíritu mismo de nuestro antepasado Wesley, extiende su mano hacia afuera para alcanzar a las personas que se han quedado atrás como víctimas inevitables del llamado “progreso”? ¿Acaso no presentaría esta comunidad la visión de una Iglesia Metodista Unida que existe en estos tiempos revolucionarios como una comunidad de creyentes de “vínculos abiertos,” haciendo uso de la elegante frase del teólogo Serene Jones; dándole una forma peculiar como cuerpo de Cristo por los límites de la gracia de su doctrina y disciplina, de sacramento y servicio. Una comunidad así, “se inclina por la adopción de una actitud de apertura,”¹² que sobrepase toda barrera de temor y suspicacia, acogiendo al extranjero, al forastero, al que no es como ellos, con una confianza firme de pies en tierra, no por su propia credulidad sino por el amor sin límite del abrazo cosmológico de Dios. Recae pues sobre los directores de esta Junta. Y el personal de la agencia, la responsabilidad sagrada de dirigir a nuestra amada iglesia en la capacitación de líderes que posean estas cualidades. Permítanme repetir una vez más, que juntos estaremos logrando una tarea muy importante, la tarea más desafiante y a la vez la tarea más inspiradora que jamás se nos haya pedido hacer.

Los líderes globales para una iglesia global abogan por líderes bien preparados.

Para los líderes globales, la disciplina escrituraria de “Amar a Dios con todo el entendimiento,” —para usar una frase del Dr. Thomas Trotter, Secretario General fundador de esta Junta— no es ni opcional ni ancilar al llamado a ser líderes. De hecho, es la “expresión vital” de un discipulado fiel a la manera Metodista, tal como se expone en el Plan Estratégico. Por eso se hace el llamado para una renovación de la visión Wesleyana de liderato que reincorpore la unión de la razón y la piedad vital, la excelencia intelectual y la santidad de vida y corazón. Para estos líderes, el separar el corazón y la mente, y el denigrar lo “teológico” en favor de lo “práctico y utilitario” es tan distante del espíritu del Metodismo como lo es pernicioso, y es una práctica que la iglesia no puede aceptar en cara a los desafíos sociales, trascendentales, teológicos e institucionales que asoman a la vista.

Los líderes globales para una iglesia global, abogan sin compromisos o disculpas porque haya líderes *educados que eduquen*. Admiten que es necesario sanar las divisiones dolorosas, el rencor perjudicial, las falsas dicotomías y las categorías simplistas que están fracturando nuestro diálogo comunal, y restaurar el ejercicio de conferenciar con piedad a la manera Metodista que reclama líderes con visión y esperanza que emanen de una clase de sabiduría que solamente es posible con un aprendizaje riguroso, vasto, y de aprender continuo. Estos líderes luchan por nada menos que el disfrutar un nuevo espacio público donde los asuntos que definen nuestra misión y ministerio sean presentados, discutidos y resueltos más allá de las clasificaciones, de las dicotomías y etiquetas simplistas que por ahora mantienen cautivos al diálogo, y a la conversación respetuosa en la vida de la iglesia.

Los líderes globales para una iglesia global abrazan una visión que es inspirada por la herencia excelente del Metodismo, de proporcionar acceso a la educación a todos, y en particular a los pobres y a los desheredados. Comenzando con la fundación por Juan Wesley de la escuela de Kingswood en el año de 1748, los Metodistas han conservado un profundo aprecio por la educación como una herramienta de grandes beneficios que ofrece oportunidades para el mejoramiento y aprovechamiento personal y social. Pero el acceso a una educación de alta calidad siempre ha sido una cuestión de justicia. Es por ello que los líderes globales para una iglesia global prevén el establecimiento de una red Metodista de instituciones educativas que se extienda alrededor del mundo, educando y preparando líderes con los suficientes recursos morales, intelectuales y espirituales para poder conducir a la iglesia y a la sociedad a través de profundos cambios.

Debido a esto no nos sorprende el saber que esta agencia patrocinó y consiguió la aprobación de un Fondo Global de Educación con el fin de dar apoyo a las necesidades de las instituciones de educación superior en otros países del mundo. Tampoco debe sorprendernos que la Conferencia General pasada haya aprobado el Plan Estratégico de la Junta General de Educación Superior para la revitalización de la Iglesia Metodista Unida. Ni nos admira que este proceder clave del Plan Estratégico esté dedicado exclusivamente a la tarea de reconstruir en nuestros días una red Metodista Unida de la educación.

Finalmente, estos líderes globales reconocen que el discurso teológico debe establecerse en comunidades donde exista respeto mutuo, confianza y afecto, pero sobre todo un espíritu responsable. Porque tal como Wesley lo dijo, para las personas llamadas Metodistas, el discurso teológico que sana y transforma, es tanto cuestión de tener un buen corazón como de pensar bien. Por lo tanto deseo invitarles que oren conmigo por líderes que tengan la visión, la tenacidad y la persistencia para poder guiar a la iglesia más allá de su infestado estancamiento político, a un sitio de esperanza donde la mente y el corazón, la razón y la piedad, sean renovadas y vigorizadas.

Los líderes globales para una iglesia global no abrigan ninguna ilusión sobre el desafío que presenta el clamor que se puede escuchar de un liderato docto para un mundo en que predominan los comentarios lacerantes, para una iglesia en la que el rechazo incipiente al intelectualismo debilita las expectativas de la buena predicación y la instrucción cristiana y que daña a las mentes y corazones, supuestamente por el bien del reino. Estos líderes saben que el abogar por una disciplina personal de desarrollo continuo, teológico e intelectual, por un sistema que responsabilice a los líderes Metodistas Unidos —desde el pastor local, al diácono, al presbítero, al obispo— es nada menos que ir en contra de la corriente. Sin embargo el compromiso con nuestra amada Iglesia y las urgentes necesidades de una época sumamente compleja lo exigen. Es responsabilidad de esta agencia conducir a la iglesia en la

preparación adecuada de una generación de líderes motivados por esta visión. Nuevamente me atrevo a repetir que: Juntos estaremos realizando la tarea más importante, más desafiante y más inspiradora que se nos haya confiado.

En conclusión

Para terminar este informe, permítanme encapsular estos comentarios al prepararnos para iniciar juntos este peregrinaje. No creo exagerar al sugerirles, que el éxito de poder conducir a la iglesia en la preparación, educación y apoyo de líderes globales para un mundo global, se deberá en igual proporción a la disposición y capacidad colectiva de poder incorporar y proyectar esta visión en nuestra vivencia común como miembros y empleados de la Junta General de Educación Superior y Ministerio. ¿Pero será posible esperar que la iglesia responda a esta visión de liderato que le expondremos, si nosotros mismos no aspiramos a ser líderes que se caractericen por su integridad intelectual, moral y espiritual y su santidad de vida y corazón? Al enfrentar el clamor doloroso del mundo y sus necesidades, el desafío agobiante de estos tiempos tan turbulentos, y el compromiso con y por amor a la iglesia al cual testificamos este día en este lugar, no dudo que con el soplo del viento divino soplando sobre nuestros hombros, no solamente haremos frente a este desafío, sino que, lo que es más, lo sobrepasaremos.

El Plan Estratégico de la Junta General de Educación Superior y Ministerio es el fundamento de la visión de liderato que les he compartido. Este refleja un recorrido de discernimiento que empezó poco después de haberseme nombrado Secretario General. Este Plan Estratégico es el punto de partida para poder entender los sueños y aspiraciones que motivan las labores de esta Junta. Pero este plan representa un recorrer que ya está sobre la marcha y cuyo éxito se deriva de su sabiduría, sus observaciones serias y su capacidad visionaria. Este es un momento afortunado para todos nosotros para poder repasar el recorrido personal nuestro hasta este momento y poder deliberar juntos sobre, cómo pueden la visión, la misión, los valores fundamentales y las metas del Plan Estratégico convertirse en “modelo” para nuestros quehaceres mutuos en los años venideros.

Termino mis comentarios haciendo mención de dos admoniciones de nuestro Señor. La primera es: *“A todo el que se le ha dado mucho, se le exigirá mucho; y al que se le ha confiado mucho, se le pedirá aun más.”* (Lucas 12:48a). La segunda es: *“Un sembrador salió a sembrar, y al esparcir la semilla, una parte cayó junto al camino . . . pero otra parte cayó en buen terreno; así que brotó y produjo una cosecha del ciento por uno.”* (Lucas 8:5,8)

Al empezar este nuevo siglo, vayamos en pos del divino Sembrador que nos guía a la buena tierra; y bajo la dirección de Su espíritu cultivemos con fidelidad a los que Él ha llamado para que podamos atender al cultivo de los campos hasta que llegue el tiempo de la cosecha.

Nuevamente, sean ustedes bienvenidos a la Junta General de Educación Superior y Ministerio. Sabemos que juntos podremos forjar un equipo formidable que esté preparado y sea capaz de guiar a nuestra iglesia en la divina tarea de reclutar, formar, cultivar y desplegar a líderes globales para servir a una iglesia global.

Anotaciones

1. “American FactFinder,” *U.S. Census Bureau* (16 October 2003), online: http://factfinder.census.gov/jsp/SAFFInfo.jsp?_pageId=t9_race_ethnicity; Paul Campbell, “Population Projections: States, 1995–2025,” *Current Population Reports* (U.S. Department of Commerce, 1997); “National Population Projections,” *U.S. Census Bureau*, online:

<http://www.census.gov/population/www/pop-profile/natproj.html>; "U.S. Interim Projections by Age, Sex, Race, and Hispanic Origin," *U.S. Census Bureau* (March 18, 2004), online: <http://www.census.gov/ipc/www/usintermproj/>.

2. Cita de Toby Lester, en "Oh, Gods!" *The Atlantic Monthly* (February 2002): 38.
3. *Ibid.*, 44.
4. Philip Jenkins, "The Next Christianity," *The Atlantic Monthly* (October 2002): 54, 59.
5. *Ibid.*, 68.
6. John Wesley, "Reasons against Separation from the Church of England," in *The Works of John Wesley* (Grand Rapids: Zondervan, 1882), 13:227.
7. Albert C. Outler, "Do Methodists Have a Doctrine of the Church?" in *The Doctrine of the Church*, ed. by Dow Kirkpatrick (Nashville: Abingdon, 1964), 26-27.
8. *Ibid.*, 27.
9. Michael C. Cartwright discute y hace un llamado a la restauración del concepto Metodista de misión como una acto temporal dentro de la misión más amplia del Cuerpo de Cristo en "The Pathos and Promise of American Methodist Ecclesiology," *The Asbury Theological Journal* 47/1 (Spring 1992):7-25.
10. Wesley, "Reasons Against Separation from the Church of England," 228.
11. Outler, "Do Methodists Have a Doctrine of the Church?" 26.
12. Consulte a Serene Jones en, "Bounded Openness: Postmodernism, Feminism, and the Church Today," *Interpretation* 55/1: 49-60.

Registro de Derechos de autor: Copyright © 2007 por la Junta General de Educación Superior y Ministerio de la Iglesia Metodista Unida. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación se puede reproducir en cualquier medio ya sea de impresión o electrónico, sin autorización por escrito, salvo el uso de citas breves incorporadas en artículos o revisiones críticas. Para información respecto a los derechos y permisos, ponerse en contacto con la Oficina de Interpretación de la Junta General de Educación Superior y Ministerio, P. O. Box 340007, Nashville, TN 37203-0007; teléfono 615-340-7383; fax 615-340-7048; e-mail hpieterse@gbhem.org. Visite la página Web en www.gbhem.org.